

Estancias chadianas.

Miércoles 6 de abril de 2011.

Un burro trae agua de un pozo cercano para lavarnos. Aquí no hay agua corriente. Los bidones se rellenan tres veces al día y de ahí, cada uno con su cubo, se lava y asea. Un generador da luz por la mañana y desde las 5 de la tarde hasta las 11 de la noche. Hoy iremos a Mile.

Situado a 25 km de Guéreda, con los últimos refugiados llegados en el 2010, tiene unas 17.000 personas. La pista es buena. Nueve todoterrenos de agencias humanitarias Toyota Land Cruiser, avanzamos hacia Mile. Se diría que la escolta no es necesaria, la experiencia les demuestra que puedes verte sorprendido por un robo en cualquier momento. Vemos camellos por el camino.

Nos presentamos, una vez más, al “camp manager”. Podemos visitarlo. La autorización llegará hoy. Hace un día soleado, buena temperatura y una brisa muy agradable. Acaba de llegar un camión con leña y se está repartiendo a las familias. 10 kg por familia. Las mujeres y las niñas la cargan sobre sus hombros. Los hombres, descansan. Disfrutamos del campo, nos perdemos por sus calles estrechas, saludamos a las mujeres y niñas que nos encontramos, fotografiamos a las mujeres y niños que se cruzan con nosotros, todos quieren verse en la cámara. La higiene está descuidada, la escasez de agua obliga. Un pequeño huerto aprovecha las pocas gotas que se pierden de los caños de agua. Varias mujeres trabajan en él. Los hombres, descansan. Letrinas secas en casi todas las esquinas ayudan a controlar posibles brotes de enfermedades. Aún así, las cacas de burros, cabras y camellos, a miles, siembran el terreno. Las lluvias del mes de marzo han hecho brotar hojas verdes en los árboles.

Nos detenemos antes dos niñas que muelen el mijo. Una madre hace ladrillos de adobe para secarlos al sol. Varias mujeres pasan a nuestro lado con bidones de agua sobre sus cabezas. Mientras, los hombres descansan. A cada paso, los niños nos saludan. Los miedos del principio se vuelven sonrisas, juego y cariños. Las telas coloridas de los vestidos de las mujeres embellecen sus rostros, ya de por sí, con facciones extremadamente bellas. La sonrisa no se pierde, a pesar de ser refugiadas. A pesar de estar constantemente maltratadas por sus maridos. La mujer aquí, en los campos,

en el Chad, es un objeto. No es persona. Se la puede comprar y vender, se casan, en las zonas rurales, a los trece años, se usan para tener hijos, ellas callan, no protestan, se las pega, viola, exige, exprime y mata con total impunidad. Sus miradas, profundas, penetrantes. Nos conmueven. Mucho trabajo por hacer. Mucha cultura que cambiar, muchos siglos que transformar. Se puede, se lo merecen.

Jaime nos explica pormenorizadamente todos los detalles del campo. Hablamos de cooperación, de ayuda humanitaria, de agua, de etnias, de hambre, de salud, de desierto, de corrupción y de machismo. Jaime nos habla de paz, sin la que nada vale, sin ella, no hay desarrollo.

Miradas y más miradas, fotos y más fotos. Para el final, nos tiene reservada una sorpresa. Ascendemos a los montículos elevados donde se ubican los tanques de agua. Sopla el viento. La claridad es máxima. Desde aquí, divisamos todo el campo. Panorámica espectacular. Al fondo, Sudán la tierra a la que desean regresar. Nuestras miradas se detienen por doquier. Interiorizamos el campo. Al fondo, los almacenes de distribución. Mucha gente alrededor. En frente está el centro de salud, a la puerta, centenares de burros. Nos llaman urgentemente, debemos regresar con el convoy.

Antes de comer, vamos caminando a conocer el centro de salud de Guéreda. Queda a dos calles. Por el camino se nos une un militar borracho. Momentos de tensión. Suelen ir armados y pueden generarte un problema serio. Al final, conseguimos darle esquinazo. Nuevamente, a la puerta del hospital, un cartel de prohibido armas.

Soñamos con los ojos, las miradas, la sonrisas, las telas, las casas, los niños de los campos de Mile y Kounoungou. Ya no nos son indiferentes. Viajarán con nosotros para siempre.